

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

La demanda crítica. Conflictos y crisis en los estudios sociales.

Claudio Martyniuk.

Cita:

Claudio Martyniuk (2015). *La demanda crítica. Conflictos y crisis en los estudios sociales. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/93>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La demanda crítica. Conflictos y crisis en los estudios sociales

Claudio Martyniuk, IIGG, UBA claudio.martyniuk@gmail.com

Resumen: Acaso la crisis crítica, crisis del *ethos* de los estudios sociales, abra la posibilidad instar, instalar y tensar sus propias coordenadas, ordenando sus figuraciones: (i) escalonadas, que a través de un ascenso, de la experiencia a la teorización, lograrían correr velos; (ii) abismales, que exploran lo recóndito, puntos ciegos que expanden la experimentación hacia *otras* experiencias; y (iii) rizomáticas, que trazan bifurcaciones y redes mediante el *detenido* e incesante, pormenorizado y minimalista trabajo en campos marcados –esta sujeción a la segmentación institucional da cuenta de una normalización paradójica, que alimenta a las instituciones de insumos críticos y que normaliza la crítica, haciendo de ella un modo de funcionamiento del sistema productor de conocimiento social.

Palabras clave: Foucault, Luhmann, Muchaux, Latour, Sloterdijk

I. Museo de la crítica / ascensos, abismos, metamorfosis, bifurcaciones

i. Crítica, esa actitud moderna que pone a prueba los límites (como lo explicitó M. Foucault en “¿Qué es la Ilustración?”, 1984), que ensaya y experimenta en los umbrales, que sostiene cierta idealización y se compromete en la remoción de violencias, imposiciones, humillaciones, sometimientos, aniquilaciones. Crítica, lenguaje transicional que vincula negatividad inmanente y trascendentalismo utópico, fuerza preclusiva y violencia anticipatoria, lectura insumisa. Crítica, canon, sentido y ánimo de los estudios sociales de raíces soteriológicas. Crítica, perspectiva que implica traspasar, trazar nuevos senderos, recomenzar, también promover una violencia *otra* contra la violencia dominante, una transgresión a la norma imperante, un modalidad de excepcionalidad que, con W. Benjamin, se podría calificar como aquella excepcionalidad que no es la regla. Este *ethos* de los estudios sociales, diseminado en los abordajes de la memoria y los genocidios, el sistema de sexo y género, el derecho, las prácticas narrativas y visuales, y los artefactos técnicos y la modelación científica de los hechos; crítica, postulado normativo y axioma metódico, hija de modos de existencia que todo lo ponen en crisis. Crítica, ella misma crisis y traspaso de crisis, adolecer y rebeldía en el estudio; también dogma, enfermedad sociológica (N. Luhmann) y caducidad, suelo erosionado, desertificado, horizonte desvanecido, brumoso. Si la crítica procede poniendo en crisis, se deben indagar las crisis de la crítica en los estudios socioculturales de la memoria, el derecho, la ciencia y la literatura. La

crisis en la teoría es crisis de la crítica, y de ello daría cuenta la generalización de las intervenciones críticas en los más diversos rincones de la cultura: tal expansión dispersada desde la teorización crítica se acopla, parece receptada en términos de materialidad asimilada, alimento de una dinámica sistémica que todo lo consume. Así la crítica, de gran relato y teoría del todo social, ha devenido en microteorizaciones e intervenciones especializadas, verificación inaudita del modelo epistemológico popperiano de la ingeniería social fragmentaria. Esto, entonces, configuraría un indicio de crisis en la crítica, crisis que tiene eco en teorizaciones, representaciones y prescripciones. Crisis, que evidencia pérdidas y traumas, demanda duelos y desencadena nostalgias y melancolías. Esta crisis de la crítica, espectro que recorre los estudios humanísticos, es crisis de la idealización e interpela la configuración de saber, la *episteme* vacilante que sostiene a las subjetividades que investigan y exploran, piensan y conocen el mundo social, lo imaginan, modelan y representan.

ii. Acaso el proyectar la crisis crítica, como si se tratara de proyectar un museo, de curar una muestra, de programar una *performance*, busque instar, instalar y tensar las coordenadas de la crítica, predicando un orden alternativo, ordenando sus figuraciones: (i) escalonadas, que a través de un ascenso de peldaños que van de la experiencia a la teorización, lograrían correr velos; (ii) abismales, que exploran lo recóndito, lo profundo, los puntos ciegos, que expanden la experimentación hacia la experiencia de lo inconsciente, de las estructuras, de las redes invisibles para la visión normal/normalizada; y (iii) rizomáticas, que trazan bifurcaciones y redes mediante el *detenido* y también incesante, pormenorizado y minimalista trabajo en campos marcados –esta sujeción de la investigación crítica a la segmentación institucional da cuenta de una normalización paradójica, que alimenta a las instituciones de saberes en base a insumos críticos y que normaliza, empleado este término en sus connotaciones kuhnianas y foucaultianas, la crítica, haciendo de ella un modo de funcionamiento del sistema productor de conocimiento social. Claro que la crítica origina campos y con ello nuevas delimitaciones, pero esta institucionalización de la crítica suele, además, enturbiar la mirada crítica, ya que ella, su modo, deviene moda, corriendo la producción de saber del umbral crítico –aquel de la puesta en inquietud a partir de interrogar lo colectivo, interpelar los límites de lo común, cuestionar los términos, el gasto y lo impuesto por lo social, ensayar los confines de lo político, experimentar lo irrepresentado, suspender la exaltación individualista, intensificar la hermenéutica existencial, rebasar las fronteras de la epistemología, la estética y la normatividad- a la

espera de la esperanza efímera, la circulación de mercancía, la innovación técnica, el consumo de artefactos, de representaciones, de imágenes, de promesas regionales de superación, promesas sistémicas quebradas, sistemáticamente fugaces. Crítica, entonces, que distribuye, y que en su distribución de intervenciones críticas disemina promesas de distancia justa y felicidad verdaderamente excepcionales, crítica que devalúa el valor, el sentido de la promesa crítica. Esta ecología de la crítica muestra la crisis crítica también en su compromiso con promesas y protestas, en el prometer incumplido pero más aún en el prometer incumplible, en la carencia de dispositivos autorreflexivos, en las frustraciones y pesadumbres de la megatorre de la negatividad, en los divertimentos y *amenities* ofrecidos por la cadena de hotelería nihilista.

iii. El trauma, herida que no cicatriza, hendidura crítica, coraje, quizás aporía, emerge y se muestra, entonces, como balsa que debe repararse mientras apenas flota sin brújula en un mar de desechos. Duelo por la corrosión de las repuestas superadoras, ante espectros, ante lo que persiste como nostalgia, quizás también melancolía en el pensar que suspende la acción teórica en la puerta a la *distancia justa* de las perspectivas críticas, en el umbral de las posibles reparaciones por medio de representaciones e intervenciones *críticas* en campos vitales minados por violencias, aniquilaciones, sumisiones, injusticias, humillaciones e imposiciones.

II. Tres modelos de teoría

i. La teoría, en el modelo positivista lógico, se muestra como un compuesto que cuenta con un componente observacional, directamente comprensible, al que se le agrega un componente teórico, que se comprende mediante reglas que lo conectan al componente observacional. Esta formulación filosófica parece una derivación del modelo matemático de Hilbert, según el cual una parte de las matemáticas es conocida y se comprende intuitivamente –básicamente, se trata de los números naturales-, mientras que la otra se entiende en un sentido sintáctico y formal, mediante conexiones lógicas con la parte intuitiva, de la cual se deriva.

ii. En cambio, el modelo gödeliano, supone que contamos con una enumeración completa, independiente de la teoría, de todos los enunciados verdaderos de la aritmética. Paralelamente, existe un sistema de axiomas (aritméticos y lógicos) del que se derivan los teoremas aritméticos. La cuestión clave es si el conjunto de teoremas que pueden derivarse lógicamente de los axiomas dados es idéntico a la lista de enunciados verdaderos cuya existencia se presupone, con independencia de la teoría. Las listas no coinciden: hay por lo menos, en la asombrosa demostración de Gödel del teorema de la

incompletitud, un enunciado verdadero que no puede derivarse de los axiomas. En su abordaje del fenómeno lingüístico, Chomsky ha parecido seguir, con el desarrollo de la gramática generativa, una metodología equivalente a la de Gödel, comparando la lista de enunciados considerados correcta en nuestro lenguaje con la de una gramática cuyas reglas usamos para generar enunciados. En función de los resultados del solapamiento se evalúa la capacidad de la teoría. A veces, desde esta perspectiva, la teoría razonablemente modifica nuestras intuiciones, cuando por ejemplo un juicio intuitivo es inconsistente con otro. J. Rawls, en *A Theory of Justice* (1971), considera a los juicios intuitivos sobre la equidad de ciertos acuerdos y disposiciones para distribuir bienes primarios y, por otro lado, a la teoría como un conjunto de principios a partir de los cuales se supone que deben derivarse los juicios acerca de los acuerdos de distribución justos, realizando ajustes mutuos entre los juicios derivados de la teoría y las intuiciones. Tal “equilibrio reflexivo” muestra una, aunque moderada, potencia transformadora de la teoría. La deliberación rawlsiana constituyente se lleva adelante bajo una regla de juego, el velo de ignorancia, que implica la inaceptabilidad de premisas referidas a la posición del sujeto, como raza y sexo; la inadmisibilidad de alegar esas premisas –aunque psicológicamente pesen- se fundamenta en que no se puede justificar la constitución política con argumentos basados en información referida a los rasgos específicos de los participantes. La decisión racional, su imparcialidad, se asientan en esa distancia trazada por el velo de la ignorancia.

iii. En el campo de las teorías críticas, el corazón es ocupado por el ideal emancipatorio. La crítica persigue remover a juicios formados en condiciones opresivas. El juicio a tales juicios –caracterizados como intuitivos, ideológicos, prejuicios, sentido común, etc.-, desde esta perspectiva, se fundamenta en la regla teórica. Herencia de la Ilustración, la crítica se muestra como develamiento, configurando ese esclarecimiento un reverso del velo de la ignorancia: correr el velo es el procedimiento que permitiría alcanzar autonomía y emancipación, remover la explotación y reparar la alienación. La racionalidad teórica traza los carriles sobre los cuales avanzaría el tren de la historia, desmontando los obstáculos de la prehistoria, condenada al basurero de la irracionalidad, viciada por la caducidad. La teoría, entonces, haría la luz en la opacidad, manteniendo en sus manos la navaja de Ockham, el cuchillo de la crítica que extirparía, progresiva o revolucionariamente, la oscuridad.

iv. Esa ambición crítica fabrica conflictividad. La crítica, conocimiento, representación, respuesta, es también pensar y más aún: presupone la propuesta de intervenir, dispone

modos de desestabilizar, estrategias para trastocar. Crítica, como pensar sobre los límites poniéndolos en cuestión, en crisis, implica que el cuestionamiento se acompañe del cambio. La crítica surca otro recorrido, y esa traza violenta el sendero establecido. Pero el conflicto de ese conocer y pensar sostenido en estrellas normativas también se muestra en la predica de soluciones: el fracaso de las mismas en su implementación, configurado por la no resolución de los conflictos/problemas que la originaron y por la emergencia de otros nuevos, o por la mera no llegada de la resolución –en la espera se cultiva la impaciencia, pecado capital para Kafka, e impone el cansancio. Entre conflicto, fracaso y cansancio, en esa reproducción inflacionaria, el perfil epistemológico de la teoría crítica se empobrece, se devalúa la potencia de sus actos. Tal la delgadez de la crítica que, bulímica, queda al borde de la desaparición del sentido, en el límite del exilio, acaso sin salida más que la gimnasia ascética, la dietética de pureza anoréxica, autonihilizante, la negatividad extrema del silencio –silencio, entre el sinsentido y la crítica radical en el vocerío de las críticas. ¿Conformaría esta delimitación un *Zeitgeist* que incurre en las aporías culturales de comienzos del siglo veinte, reflejadas en la crisis de la razón y del lenguaje, condensadas en el *Tractatus lógico-philosophicus* de L. Wittgenstein (1921)? ¿Acaso, entonces, la Viena de Wittgenstein, como la física de Weimar y la *Krisis* de E. Husserl señalen las telarañas en las que perdura nuestra configuración epistémica, lo cual también permitiría comprender la *actualidad* de los escritos de Benjamin y de las investigaciones weberianas, simmelianas y, más perturbadoramente, de las intervenciones schmittianas y heideggerianas? Como imagen sobreviviente, la crítica, ángel caído, señala expectativas y frustraciones, muestra un malestar persistente en la teorización.

III. Redes, tras los enredos de la objetividad

i. Crítica, entonces, disipación de fantasmagorías; también boomerang espectral. Ella – empero- se ha teñido en el fragor del despliegue de la materialidad de los espectros perseguidos. Sueño crítico, sueño de sentido pleno, de significado transparente, de consenso y discursividad ideal o violencia redentora, purificadora, revolucionaria. Anhelado enredado, por sus desenvolvimientos, en pesadillas críticas, en materializaciones de atribuciones incorrectas, en falsacionismos ingenuos, en inacabamientos asfixiantes. (Quizás el empeño prescriptivo, reconstructivo y descriptivo que con mayor ambición se localiza en el campo académico contemporáneo sea el J. Habermas. En sus libros se cuestiona la limitación de la crítica al ejercicio de la negatividad –no importa que se trate de la concepción y desarrollos de Th. Adorno o

de M. Foucault o J. Derrida: para el despliegue de la potencia emancipatoria del programa racionalista de la modernidad el trabajo de la crítica racional debe dar un paso adelante, sin persistir meramente en la retaguardia de la negatividad, la arqueología-genealógica y la deconstrucción.) La embriaguez crítica, de tanta luz, enceguece al clausurar sistemas, pero más aún al clausurarse ella misma en un sistema. Las transiciones, las mediaciones críticas, parecen jalones en la historia de las pasiones, arrugas de la carne, botox publicitarios para la sociedad que se observa en revistas académicas. La crítica se cuele en el cuerpo social insuflando vitalidad. Crítica, significado encarnado. Ingeniería paradójica que realiza el ideal de ciencia popperiano desde la mayor diversidad historicista. ¿Acaso falte escribir una *Miseria del criticismo*? ¿O ese panfleto, *revival* del clásico manual popperiano de metodología de las ciencias sociales, esté de cuerpo presente en el interior de las obras desplegadas por Luhmann, R. Rorty, B. Latour y P. Sloterdijk? Ya el dispositivo inmunitario esteriliza la ambición teórica crítica. La minimaliza, y las funciones bonsái de los operadores críticos quedan, en su emerger, como la espuma en el oleaje del mar. La teoría del todo, la teoría monista que concentra y dispone el *arkhé* en la diseminación: *big bang* que esparce astillas críticas, átomos brillantes en la materia oscura, linternas en la energía negra, espuma, espectros en inautenticadas obras especializadas. Como las *Brillos Boxes* que se pusieron en circulación tras la muerte de Andy Warhol, las cajas negras de la teorización crítica portarían transparencias significativas que aguardarían una recepción adecuada, una adecuada instalación, la *performance* en el lugar, en la distancia justa. En cada rincón del mundo de vida, una visión crítica. O una espera de ella, salvadora. En el mismo rincón, una vacuna que procesa pausada, relajadamente las inscripciones críticas. El conflicto que avizora la teorización crítica, la tensión que la intervención crítica persigue modificar –en general, a la manera de una ingeniería fragmentaria-, abre una herida sin cicatriz. Tal el traumático malestar en la cultura crítica. ¿Acaso es posible atravesar el duelo y la melancolía que provoca el ocultamiento y silencio de la crítica en el fragor de la inflación de críticas especializadas, tecnificadas, institucionalmente acompañadas? El fin de la crítica, el fin de la cultura humanista no es su hecatombe sino su absorción y proliferación al infinito, que confunde su inmanencia con una trascendencia de edulcorante diluido. Crítica líquida, en liquidación. He aquí un pequeño ejemplo de ello: Adela Cortina se ha preguntado “¿Es posible innovar en Humanidades?” Su respuesta positiva concluye afirmando que “los avances humanísticos mejoran la competitividad social” (El País, Madrid, 16/7/2013). La crítica,

ya “falsa conciencia ilustrada”(Sloterdijk, *Tratado de la razón cínica*,1983), ante esa crítica devenida moneda oficial y cinismo, acaso otra, como reacción dispar al contacto institucional imprudente, retraída, distante al comercio sumiso, retorne y sobreviva en intersticios como los ensayados por el método del *samizdat*.

ii. Crítica ya, entonces, halla su suelo y horizonte en una cualquiera de las tantas tecnópolis, dejando los recortes críticos en algunas narrativas menores, cartas humanistas reactivas, poéticas o ensayos que no hallan cabida en las megamáquinas que funden ciencia, política y espectáculo. Las tecnologías críticas, asimismo, se sostienen sobre fondos públicos y privados, locales y transnacionales. La patente crítica se cotiza en el mercado de pensamientos, de etiquetamientos académicos. Tecnologías críticas que empoderan y denuncian, impulsan descolonizaciones, relevan poscolonizaciones, avivan y agitan memorias, trazan mapas de discriminaciones, atacan subordinaciones e impugnan etiquetamientos identitarios, entre otras paradojas pragmáticas, entre otros actos de habla que interpelan fuerzas y realizan acciones, que conforman organizaciones, verdaderas internacionales, industrias académicas de la crítica. Sin nostalgia por el todo, apenas algún velo melancólico –un espectro del aquel otro duelo, una brisa de melancolía sin trauma- recorre, como un rayo misterioso, un instante casi imperceptible de la noche del profesional especializado de la ciencia social.

iii. Juegos, luchas, actividades prácticas: crítica, gimnasia y recreo social, concepto abierto que admite una inmensa variedad de significados en un museo ilustrado en expansión. El mundo de la crítica engloba buena parte de las obras sociológicas clásicas y contemporáneas; también incluye los criterios oscilantes de los comisarios, las preferencias ordenadas de los curadores de galerías y museos críticos (incluidos, claro, los evaluadores de proyectos de investigación, los árbitros de artículos y capítulos de libros académicos -afirmado esto, pero evitando reafirmar una teoría institucional de la crítica, otra vertiente del vasto campo de la teoría crítica), especialmente abiertos al conceptualismo crítico y, cuando ya la crítica hace desvanecer su núcleo teórico, a la *performance* (*action* crítica, quizás mostración terapéutica, resolución o disolución wittgensteiniana). Minimalismo crítico, hormiguismo crítico que recolecta datos, que conceptualiza el segmento, el vector, el sector, la función; que teoriza desde el más radical y esencial antiesencialismo. Criticismo regional, provincias de la crítica: crítica de género, estudios culturales, crítica literaria, crítica de los estudios legales (CLS), *Science and Technology Studies* (STS), crítica postcolonial. Crítica en cada campo, crítica de los campos también, crítica de la memoria, crítica de la imagen y el diseño,

crítica de la representación, crítica de la metafilosofía, crítica de la metasociología, crítica del marxismo, crítica de la crítica crítica, crítica de *La sagrada familia*, crítica del antidogmatismo crítico (un ejemplo de esto último ha sido constituido por el académico y *performer* S. Zizek, quien –entre otros aspectos- se aferra al dogmatismo cristiano de G.K. Chesterton para sostener un paradójico credo ortodoxo en el campo académico para teorizar la sociedad y la revolución política. En sus ejercicios críticos, el stalinismo de Zizek, como la fidelidad de A. Badiou al maoísmo, fidelidad al “acontecimiento” revolución cultural china, discurren entre la provocación y la nostalgia y muestran un modo, un estilo de posicionamiento, de refugio en un margen, en una caverna, sin que importe que ella equivalga a gulags u otras modalidades de imposición de violencia. En el caso de Badiou, su análisis de la ley a partir de las epístolas de Pablo enmarca su fe en un campo trazado por la teología del siglo veinte y que, por lo menos desde las penetraciones de J. Taubes, no ha dejado de ser transitado, como también lo demuestra el turismo a la iconografía cristiana y a los órdenes monásticos tan intensamente cultivado por G. Agamben, quizás finalmente el más fiel discípulo, del set de filmación a la academia, de las peregrinaciones de Pasolini).

iv. Actor-red, ya la crítica, devenida sujeto mismo del saber, diferencia la red como resultado de la red como proceso. Proceso tejedor, la crítica tiene el afán de restaurar la alianza entre abstracción y sensibilidad. El hilo, la madeja de la crítica se tensa en el discurrir de su carretel, entrenando subjetividades para seguir el hilo, para saltar sogas y para cortar cables. La crítica, electrificación de las ciudades de tinta, sóviet en rascacielos de papel, *séptimo continente* (ver el film de M. Haneke, de 1989). Abrazo y humillación, temblor de la crítica, violencia, aniquilación, sobre todo banalidad –y así, pujando sin gravitar, se esquivo lo grave, se difiere lo traumático.

v. Las irremontables dificultades y desafíos que presenta la empatía y el escurrimiento de lo propio en la categorización de lo sensible –temática presente en la conclusión del libro de A. Margalit *La sociedad decente*- acaso no empañen el trabajo de la crítica. Entre espejos y libros, la identidad crítica engendra empatía: empatía en la crítica, guiño, complicidad y compañía, compañerismo, error compartido, partido de la larga marcha de la errancia crítica. Pero la obra de la crítica en la era de la reproducción técnica y la pérdida de aura queda a merced de la corrosión. La corrosión del carácter crítico muestra, en pátinas, imposturas, poses. La banalización de la crítica: ya no alcanza relieve. Planismo crítico sin plan de autonomía, sin estrella de redención.

vi. Eterno retorno de la crisis y de la crítica, regresión infinita: la crítica es adolescente, adolescencia filosófica y sociológica, pugna por la adultez, ánimo de otredad e impotencia, dialéctica que fracasa, que acaso fracase cada vez mejor, corriendo límites, rozando absolutos, transustancializando ideas. La crítica, espíritu que espectraliza materialidades. Crítica, de ella quizás se pueda señalar que nadie sabe qué puede su cuerpo. Crítica, pero, ciencia sin cuerpo, sujeto abstracto de las ideas, “nadie” de la crítica que acompaña el anudar de esa vacilación que, al encarnar sus abstracciones, comienza a anonadar su potencia transformadora. ¿Acaso la crítica podría escapar de esa condición de documento bifaz de cultura y de barbarie?

vii. Brújula ante el déficit de orientación, la crítica despliega un transcribir normativo, persigue reconstruir sistemas de valores y la modalidad más intensa de hacerlo dispone de la negatividad. La negatividad del trabajo crítico deja una figuración inconclusa, agrega una dimensión sobre la superficie y desde ella, esa sacudida y escurrimiento de sumisiones, se podría incrementar la autonomía, la capacidad de inscripción propia. Crítica, apertura a lo exótico, exotismo desde lo fáctico, agujero negro desde el mirar intenso a la facticidad. Crítica, ya abstracción en su contenido de negatividad del empirismo mínimo que moldea su epistemología de base. La ciencia no es toda racionalidad, y la híbrida red crítica deja expuestos núcleos normativos. Tal malla crítica trama, asocia, traza dobleces y reconoce huecos en el enmarañado tejido de sentidos, en la reunión de discontinuidades, en la comunicación de pasajes. Se trata de redes heterogéneas, hiatos, umbrales, lejanías y proximidades de la teoría y la práctica. ¿Cómo, entonces, la crítica puede concebirse fiel a ella misma? La identidad de la crítica, como la identidad personal tan extensamente tematizada por Derek Parfit –en este caso, tal vez no haya otro criterio más que el reconocimiento del cabello, de la melena del filósofo inglés, lo que permitiría reconocer una, imputar su identidad a través del tiempo-, la identidad crítica envuelta en la indeterminación, entre tantos *non sequiturs*, ya que no hay brújula, metro o patrón, conceptualización colmada o modelización saturada de lo crítico. *No hay*, apenas ontología mínima, contra la ontología. Más allá del *aguijón semántico*, la crítica entonces se muestra como estilo de pensamiento, modo de ejercer la teorización, estética que se articula a la epistemología en acciones fluctuantes, en tonalidades ensayísticas, en exposiciones de la sensibilidad, la imaginación y el pensamiento.

viii. La acción colectiva es escurridiza, quizás más que las fuerzas de a naturaleza o los pliegues, rincones y cavernas de la intimidad mental. Demanda traspasar la verificación

-que presupone correspondencia entre representación y realidad-, ligar la representación a los modos de hacer mundos, de figurar, configurar y trazar distinciones, ya que el sujeto del conocimiento social es más que un algoritmo. Requiere contextualizar fenómenos, aun el conocer y el pensar, indagar el campo institucional, complementar, reconocer el pluralismo de las validaciones, alinear -como señala B. Latour en *Investigación sobre los modos de existencia. Una antropología de los modernos-* mapas, balizas, trazados de senderos, el aire libre del afuera también, atender movi- lidades e inmovilidades, ensamblar. Pero el mapa “Del rigor en la ciencia” de Borges, *La Guía T*, el GPS, el mapa del genoma humano, esos trazados difieren del arte de la cartografía crítica, en choque al sentido común, en contraluz, en espectralidad estelar, en indignación provocante, en articulación de hiatos, en hilados de distancias correctas y discursos rectos y esquivos a la linealidad. La crítica, en su experimentar, difiere trayectos. Subsiste en esa precariedad apasionada, en ese velamiento romántico, en ese gesto punk, por eso la crítica condensa fetichismo. Idolatría a la crítica, ya que crítica es más cultura que culto, más abono a los medios de comunicación, mercancía periodística y máquina de innovación, pieza del dispositivo moderno de novedades, moda, cliché, uniforme, uniformidad sin disenso, olvido que sigue al olvido en la burocratización de los estudios. En esa intoxicación crítica, la experiencia de la crítica emerge como resto, más allá y acá de las teorías empiristas y de las categorizaciones completas y los reetiquetamientos paranoicos. Desamalgamar cadenas referenciales y correspondencias, tensionar las experiencias del mundo y las reseñas impulsadas por el disciplinamiento conceptual, discernir entre convergencias, pluralismos, críticas titubeantes y críticas twitteantes. Pero es inimaginable trazar un mapa crítico; no, en cambio, advertir las dimensiones empíricas y constructivas, los añadidos, incisiones, pliegues que realiza cada mapa crítico ante un campo fenoménico específico. Crítica, entonces, es desplazar, aplazar, reemplazar, trasladar, traducir. Es otro paso, otro pasar, otro ritmo, a veces en tono de queja –la crítica, ejercicio y variación del *preferiría no hacerlo*. Provoca cansancio (la crítica cansa, queja reiterada por Sloterdijk), pero al demandar trabajo, fuerza, violencia, al buscar arrancar, alterar, astillar, hacer otro lo uno, irreconocible lo familiar. No más trascendencia, entonces, que la crítica, esa inmanencia radical articulada a *nuestro* mundo de vida. Sin tener otro modelo de existencia, el dispositivo crítico persiste, infiel a sí. Ya no es lo que vendrá después.

ix. Crítica, su obra ya es *ready made*. Biblioteca/museo, devocionario de la crítica, abarrotado de móviles mutables, mutantes, indicio del perseguir las mutaciones críticas

de la crítica. Se expone, también, la crisis crítica, se desenvuelve como enunciado sintético a priori. En los salones, se mantiene la forma crítica a través de una serie de intervenciones del comisariado, que disciplina, da forma, inmoviliza lo que queda como a través de la movilización al centro urbano. Hasta la fecha de cierre, caducidad de la feria y archivo de la obra, que perdura en el catálogo. En ese desfilar irrumpió la contingencia de la necesidad crítica, oxímoron que bifurca pasillos: el del salón de la academia y del aula de la exposición de aquel otro puntuado como contexto de “descubrimiento” y producción de la obra, y del reconocido a la mercancía que, en su transformación de la materialidad en que se inscribe o sobre aquello que escribe, hace crítica tomando desvíos de los senderos frondosos del prejuicio, el sentido común, el mundo de vida, la ideología. Y los críticos de la obra crítica señalan, unánimes, la sensibilidad crítica al malestar de la crisis. Luego, pronto, el unánime silencio, en cambio, marca el precoz olvido de la crítica, coloratura que esconde la desaparecida materialidad de la experiencia, fuego de artificio que enseguece la ausencia de materialidad de las palabras. Fugaz, desvanecida, crítica indiscutible, certeza de esa caja negra, industria académica, salón cortesano, biblioteca y museo. En las obras críticas, la fuga de la crítica, quizás evasión de la crisis. (El diagnóstico trazado por Adorno en “La crítica de la cultura y la sociedad” se mantiene incólume.)

x. ¿Perder la confianza en la institución ciencia? No se erosiona el apego social a la racionalidad técnica, suelo y cielo que abraza la época. Plural, difusa, pre-paradigmática, anti-paradigmática, post-paradigmática, tales son los movimientos frenéticos, el pogo crítico que muestra que el paradigma de la crítica es impaciente tejido. El río de la crítica se localiza en el delta de la institución, allí adquirió entidad, confianza en que obtendrá recursos para persistir, seguridad de que sus resultados llegarán a ser robustos, compartidos, expuestos. Es cierto, escasean las certezas en la crítica, ya isla, y también en el delta institucional que se formó y conforma con sedimentos. Cierta desconfianza, pero, moviliza lo que queda como episteme crítica.

xi. Crítica, insostenible sin dualismos para reconocer y desconocer, sin imaginación categorial, sin vaciamiento tras la plenitud. En la crítica, como en todo *ready made*, como en *performance* permanente (¿quizás como lo que queda del gesto trotskista, como un trotskismo trash?), como en el Duchamp *desnudo bajando una escalera*, se muestra un programa, un trabajo trascendente al declarado caduco deleite estético, se realiza una apología a la reacción ante la indiferencia, ante lo que anestesia la vida. Para ello, la crítica debe despojarse de la búsqueda de agradar. Sin embargo, complace a

los evaluadores de proyectos, demanda recursos, pide, recibe y rinde cuentas. A salvo de silencios, esquivando desterritorializaciones, evade impuestos, conoce, reconoce aquellos costos documentados por A. Hirschman en *Exit, Voice and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations and State* (1970): la “voz”, el precio que un individuo del grupo paga por criticar a sus instituciones y a sus miembros; “salida”, precio que el individuo paga por dejar el grupo. Hirschman enseñó que los grupos incluyentes son opresivos cuando ambos precios son altos, y eso ocurre, por ejemplo, cuando el precio de la “voz” o la “salida” es la humillación. Los críticos, *flâneurs*, quieren seguir, elegantemente, persistir entre aulas, salones y galerías. Y buscan, naturalmente, reconocimiento, calor humano. La crítica moviliza calor en alto grado, es experimentación, ensayismo de sociología de las energías altas. Ello tiene costos y riesgos, salvo que sus experimentos de altas energías sean ensayos simulados, emulaciones del proyecto Huemul. Quizás la sociedad no puede retener un consumo de altos niveles de energía y masa crítica durante mucho tiempo; quizás la aceleración de la crítica sea acompañada de absorción en la materialidad social. En cualquier caso, los campos magnéticos, las polaridades soteriológicas con las que juega y ensaya la crítica se alteran, son tan inestables como absorbentes. La crítica, a pesar de sus resignaciones e impotencias, neutralizaciones y paralizaciones, interactúa como fuerza débil, fluctúa, resta uniformidad: la sociedad, el mundo serían severamente uniformes sin ella. La crítica aprehende y enseña, curiosa y desafiantemente, a balancear energía negativa y expansión de las formas de pensamiento y existencia. Performatividad, expresividad crítica que genera campos, masas críticas.

xii. El sueño dogmático de la crítica, es cierto, se halla en el museo de la revolución. Pero eso fue ayer: ya se lo corrió al sótano, se lo archivó. ¿Acaso también queda en el archivo de las ideas, en un nuevo capítulo de una enciclopedia sobre lo que fue la creencia en la existencia, en el ser de lo moderno, acerca de lo que implicó presumir la amistad entre filosofía de la historia y filosofía de la política? Opera el archivo sobre la superficie, asegura la continuidad de la discontinuidad, se agrega contra los modos existentes de agregar, agrega el saber de la fragilidad, toma recaudos, salvaguardas. Ella, esa conservación bajo guiones de aquello que ha perseguido pasar por encima de los guiones, podría pensarse como despojándose del apasionarse, del corajudo *ethos* crítico, aura perdido, quizás mítico; ella sublime y nunca encarnada, ya expuesta desnuda, rutinizada hasta el hartazgo pornográfico, ritualmente flameante e incinerada como Juana de Arco por tantas inquisiciones positivistas, por tantas gestas contra

espectros heterodoxos, ¿pero esas fogatas, usualmente en los caminos y sendas de métodos empírico-lógicos, no mostraron ser intervenciones hasta delirantemente críticas en el luchar contra el fantasma del sinsentido metafísico?

xiii. Crítica con escrúpulos, trabajos en duda, perturbaciones sobre la perturbación: *scrupulus*, piedrita, la tarea de fijarse, atender piedritas, detenerse, reconocer una unidad de tiempo menor, un lapso, un tiempo para reparar, ese re-parar hecho de cálculos, de relatos y juicios, esa reparación enfrenta a la crítica, a su pretensión utópica, con la pérdida irreversible – en ese enfrentar y masajear, entre contactos tensos, la crítica se hace comunicación indirecta. Ante lo irreparable, inscribir la necesidad incumplible, inhallable del reparo, hacer de *eso* de la crítica, como piedrita, materialidad, arenilla, cálculo en los órganos que resiste las cirugías. Dialéctica de aquello que, de *enfermedad sociológica*, se muestra como pócima y letanía ante lo irremediable.

xiv. La fábrica de hechos, esa transnacional sociológica, aloja industrias culturales críticas, produce diferencias, mercancías vitales que se digieren, que enseñan la necesidad de no eliminar o devorar la diferencia. Antiutilitarias, esas fábricas trabajan diferendos, disconformidades ante representaciones, y lo que presentan ayuda a que las olas de la vida social no sean tsunamis autodestructivos –ciertamente, algunas mercancías críticas han sido más devastadoras que el peor de los tsunamis. La crítica no fabrica entropía. Por lo menos, como tendencia general. En lucha, primero, platónicamente, contra la imitación, los artefactos críticos circulan como mercancías contra-mercantiles, responden a estéticas anti-estéticas, a filosofías contrarias al arte, a la producción técnica; opone la paradójica verdad de la negatividad artesanal a la imposición de la positividad, dispone de la teoría como acceso a un trascender las apariencias, esgrime una espada abstracta, inmaterial contra la racionalidad instrumental como cosa real última, fundamental, devela pero sellando espectros y apariciones, fabrica contra las fábricas de mercancías, de empaquetamiento, de velamiento de sentido. ¿Acaso pueda limitarse a esto el masaje de la crítica? Desmaterializada, abstraída, despojada de mensaje en su hacer puro, purificante, nulificante. Intuiciones de belleza, de un mundo bello y justo, de la verdad de esa alianza, justo cuando belleza, justicia y verdad quedan como palabras gastadas. La crítica sabría estar, entonces, sobriamente abajo, al costado también del calor de la multitud, como impopulismo crítico –sólo el afán de reconocimiento, ese locus hegeliano, acercaría alguna comprensión a las formaciones populistas críticas. La crítica, como bien lo mostró Adorno, es antimayoritaria, o mejor: esquivada la masa, esquivada la jerarquía, las

adhesiones, subordinaciones, acomodaciones y etiquetas desde prácticas de autonomía, desde tanteos de libertad. Si hay belleza, entonces, ella se tantea en algo impalpable como el salvajismo, la bestialidad pluralista. Los críticos, como *fauves*, despliegan métodos materialistas, lógicas de lo concreto, collages como si fuera posible pensar salvajemente, con una racionalidad otra. Pero no se trata de monumentalizar obras desde bases rocosas, desde algún pilar como *El pensamiento salvaje* (C. Lévi-Strauss, 1962); se persigue más bien performatividad –por ello, la acción crítica, paradigma de comunicación indirecta, fue magistralmente cultivada por Søren Kierkegaard.

Luhmannianamente, la crítica se mide ya no desde relatos sino desde efectividades. Hay, entonces, giros efectistas en la crítica –en fin, Žižek lo ejemplifica; también Solterdijk: personajes mediáticos, “polémicos”. Lo que queda como teorización, lo que resta de aquel lejano camino ascendente platónico hacia la esencia, lo que perdura de las búsquedas de *El conocimiento por los abismos* (Henri Michaux), parece derivar del *anything goes* de Paul Feyerabend, que halla parecidos de familia entre la teorización y las poéticas dadaístas y surrealistas. Tales *rastros de carmín*, tal camino del *logos* crítico que disuelve, en la sinonimia, método, racionalidad y crítica, que traspasa contextos y disemina estética (sensibilidad) en la epistemología, y viceversa.

xv. Una metacrítica, o metafilosofía, o metasociología, quizás otro nombre de la teoría de los tipos y de la epistemología, se anhele como profecía resolutive, como policía o reflexividad jerárquica, como develamiento de regla racional y tribunal mismo de la razón crítica, con código del rito –procedimiento, metodología- y temporalidad propia, con pretensión de control de la historia y la historicidad. Sinsentido, podría decirse para concluir. Pero la escritura crítica interviene la temporalidad. Altera la sucesión en sus proposiciones –la proposición, entonces, se muestra como proponer, el lenguaje transicional de la crítica indistingue, en su actividad proposicional, la enunciación informativa y el núcleo normativa. Se inscribe la proposición como protesta, aun la más *modesta proposición* (tal la ironía crítica de Jonathan Swift, quien con lucidez mayor a la popperiana mostró que la refutación de una mentira demanda otra mentira).

xvi. Hay un danzar entre crítica, escepticismo y democracia. Más allá de la asimilación de democracia a relativismo (H. Kelsen), o de la presunta necesidad de fundamentar la tolerancia y rechazar la intolerancia (Popper), la crítica conforma una actitud política. Diferida por los dispositivos de inmunidad que, invocando la autonomía, la vacían de contenido. Las expresiones autónomas tienen como fin el archivo: la acción crítica cristalizada (pasaje de acto a acta) pierde su potencia, transforma su condición, es

absorbida en la expansión de ese universo de democracia globalizada y erosionada, de débil materialidad y potencia. Pero en el globo que gira a 250 metros por segundo, la acción crítica suspende, adviene. Aunque todo siga, en la lejanía de ciertas interioridades, aún en las grietas de componentes resistentes, se inscriben marcas.

xvii. Acaso la presencia presente de la crítica pueda acompañar al “mediosem” de rostro calcinado: “Se acabó la vida. No queda. Se podrá tan sólo, si alguien insiste, convertirla en relato”, señala Michaux en *Retrato de los mediosems*. La crítica, *mediosem*, cuerpo traspasado a castillos desiertos, elasticidad, burbujas para soñar, imaginar cráneos dolientes, cabezas que revientan, coexistencias del gozo y el lodo. ¿Qué potencias de transformación se localizarán en las intervenciones críticas, en sus irrupciones de literalidad lateral, en el astillar piedras que encadenan las piernas, en conjurar *mediodesapariciones* y evadir aniquilaciones, en el proseguir espectros de libertad? *Cuasiobjetos*, materialidades de esas acciones, *medioteoría* que abre el universo al pluriverso de hiatos, de inconclusividades. No se pueden dominar las apariciones de la crítica ni sus desapariciones, tampoco se domina el mirar atrás. Ante lo irremediable, la acción crítica se carga de melancolía. La crítica ya hizo hábito el repudio a lo que ata, a la regularidad, la servidumbre voluntaria. Hábito, eso que hace al sacerdocio. Si religión significa releer, la religión de crítica práctica la relectura disidente, el dogma de la heterodoxia. El crítico habita en esa habitación en crisis, la pone en crisis. Tal hogar no cesa de trabajar en la ecología de la crisis y la crítica. Tampoco cesa de desviarse del hábito curvando espacios, partiendo temporalidades, dejando hábitos y hogares, reescribiendo con lengua afilada. La escritura crítica no oculta su pertenencia a concepciones expresivas, a linajes configurados por fuerzas ilocucionarias. La crítica escribe, responde a un mandato, y hace un uso prescriptivo del lenguaje. Escribir, acción realizativa, astillamiento de temporalidades internas a cada campo de intervención crítica. Cambiante caleidoscopio de explicaciones, giros de atenciones sin modos de resolver desacuerdos básicos, la crítica implica cierto abandono de la creencia en que el razonamiento *a priori* podía generar verdades sustantivas. Sin respuesta correcta, la revuelta erige a la autoridad de la crítica como servicio. Textura abierta, crítica que implica indeterminación y amor literario por lo radical, rechazo a la ontología –totalitaria, la juzga Levinas- y desarreglo de los sentidos. Modo de sobrevivir a la opresión, modo también de repensar, atrincheramiento ante *la tradición de todas las generaciones muertas que oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos*. La acción crítica, entonces, difiere indiferencia.